

# «MORSAMOR», NOVELA MODERNISTA

Mercedes Juliá  
Villanova University

*Morsamor*, la última novela de Juan Valera, escrita en 1889, es tan distinta de *Pepita Jiménez* o de *Juanita la larga*, como *Fortunata y Jacinta* lo es de *Doña Perfecta*; o como el *Tirano Banderas* lo es del Bradomín de las *Sonatas*. A mi parecer *Morsamor* es la mejor novela de Juan Valera y una gran obra precursora del modernismo. Por motivos desconocidos, la crítica en general no le ha prestado la atención que se merece, siendo para la mayoría de los lectores una novela de aventuras más. Juana de Ontañón, por ejemplo, en su Prólogo a las novelas de Juan Valera, menciona *Morsamor* y aunque reconoce que esta obra «hace una incitación a intentar la salvación por el espíritu, a no abandonar lo eterno por lo perecedero» la novela es principalmente para ella «una gran cantidad de aventuras»<sup>1</sup>. Jean Drynen la llamó «autobiografía espiritual» y bien podría analizarse como tal, pues escrita en la edad anciana de Valera, hay en ella una serie de reflexiones y paralelismos que podrían atribuírsele al Valera real. Germán Gullón en *El narrador en la novela del siglo XIX* la analizó como cuento fantástico. Para mí, *Morsamor* más que nada es una novela modernista saturada del espíritu existencialista de la época.

---

1 Juan Valera: *Pepita Jiménez y Juanita la Larga*, México, Editorial Porrúa, 1975, p. XLIII.

Es la historia del hombre que no contento con existir solamente, anhela desesperadamente dar significado a su vida.

Conviene decir ahora que Valera escribió *Morsamor* con el solo propósito de entretener, como nos dice en la dedicatoria del comienzo: «Yo no trato de enseñar nada, ni de probar nada»<sup>2</sup>, y verdaderamente esto concuerda con la visión que Valera tenía del arte. Sin embargo, como bien señaló Clarín refiriéndose a otra obra de Valera (*El comendador Mendoza*), «no basta decir en una nota que el autor es mero narrador y que no se hace solidario de la moral de su novela, moral que resulta no sólo de los discursos de los personajes, sino del modo de conducir la acción y sobre todo, de la solución del conflicto imaginado»<sup>3</sup>. En *Morsamor* el concepto de entretenimiento no se limita al recuento de aventuras dentro de un marco fantástico, sino que llega a incluir el examen de conciencia del personaje y del lector. Entrelazada en la trama de aventuras, está la historia de su protagonista que no las disfruta y que se angustia con cada una de ellas, encontrándolas vacías de significado a pesar de que la acción se lleva a cabo en la mejor época (cuando España gozaba de supremacía mundial) y de que el protagonista ha conseguido todo lo que quería: fama, dinero, belleza, juventud y amor.

Miguel de Zuheros, el protagonista de esta historia, no es en efecto un héroe singular, sino un hombre normal, cualquier hombre, angustiado por encontrar la razón de su existir.

Como en el *Quijote*, la novela tiene una progresión lógica que comienza en la casa del personaje, donde éste se está preparando física y espiritualmente para su salida en busca de aventuras. Esta sección es muy breve, constituyendo la mayor parte de la novela la narración de aventuras. La última parte, también muy breve, es el regreso a la casa donde el personaje muere. En *Morsamor* estas tres partes están claramente demarcadas en la estructura formal de la novela y se titulan: «En el claustro», «Las aventuras» y «Reconciliación suprema».

---

2 Juan Valera: *Morsamor*, Madrid, Fernando Fé, 1899, p. VI. Todas las citas de este trabajo han sido tomadas de esta edición.

3 Leopoldo Alas: *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, p. 298.

La casa en esta novela es Claustro, porque el protagonista al momento de comenzar la historia es un fraile de 75 años. Como en la obra cervantina, donde Alonso Quesada cambia su nombre por el de don Quijote de la Mancha, Fray Miguel de Zuheros (Zuheros es el lugar de procedencia), cambiará el suyo por el de Morsamor al salir en busca de aventuras. Ambos, don Quijote y Morsamor, buscarán el ideal por medio de hazañas y tendrán escuderos inseparables y graciosos. Con sed de aventuras y de gloria querrán hacerse merecedores del amor de una dama. Don Quijote de Dulcinea y Morsamor de doña Sol.

Los paralelismos entre la obra de Cervantes y la de Valera no se limitan a semejanzas en la trama, sino que pueden encontrarse en los diálogos entre amo y escudero y en los toques irónicos y humorísticos de su narrador. Pero éste podría ser tema de otro extenso análisis, pues Valera quería escribir una obra nueva pero sin salirse de la tradición impuesta por Cervantes, al que admiraba como maestro. Lo que importa hacer notar aquí es que las personalidades de los protagonistas respectivos son muy distintas: Don Quijote es un hombre bueno, gracioso, loco y apasionado. Morsamor es un hombre que no excede en nada, un don nadie. Así se le presenta:

No era ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso. Y como no se distinguía tampoco por extremado ascetismo, ni por elocuencia en el púlpito, ni por saber mucho de teología y de cánones, ni por ninguna otra cosa, pasaba sin ser notado entre los treinta y cinco o treinta y seis frailes que había en el convento. Hacía más de cuarenta años que había profesado y su vida iba deslizándose allí tranquila y silenciosa, sin la menor señal ni indicio de que pudiese dejar rastro de sí en el trillado camino que la llevaba a su término; a una muerte oscura y no llorada ni lamentada de nadie, porque Fray Miguel, aunque no era antipático, no era simpático tampoco, se daba poquísima maña para ganar voluntades y amigos, y, al parecer ni en el convento, ni fuera del convento los tenía.

Se le define a grandes rasgos porque lo que interesa hacer notar más que la singularidad del personaje es su insignificancia. Fray Miguel es símbolo del hombre normal que vive y muere sin dejar huella. Esto se nos vuelve a repetir al final de la novela para que no quede duda de ello, aun después de todas las experiencias por las

que ha pasado. Dice el narrador casi al final: «Sus escuálidos y consumidos restos mortales fueron sepultados en la huesa común sin que ninguna inscripción recordase su nombre, el cual, así como su propia persona cayeron pronto en general olvido» (p. 394).

En *Don Quijote* el ideal está claro, es sólo cuestión de perseguirlo. Morsamor es un hombre moderno; para él la problemática se centra en saber en qué consiste. Morsamor es lo que Unamuno llamará más tarde en *Niebla* un «paseante de la vida», es decir una persona que se enfrenta con lo que el azar le presenta con la esperanza de que ese mismo azar le ofrezca la oportunidad de descifrar el enigma de su existencia.

Augusto Pérez, el personaje unamuniano, encuentra en el amor una solución que lo sacará del aburrimiento y le proporcionará algo en que preocuparse. Porque como dice Unamuno, «El aburrimiento es el fondo de la vida y el aburrimiento es el que ha inventado los juegos, las distracciones, las novelas y el amor.»<sup>4</sup> Morsamor vivió toda su vida sumido en un aburrimiento atroz. Al comienzo de la novela lo encontramos atormentado con la idea de que va a morir de la misma forma que vivió. Cree haber desperdiciado su vida y sufre por querer realizar aunque sea una hazaña, que le haga merecedor del respeto de los demás.

En el claustro, Fray Miguel entabla amistad con otro fraile mayor que él, Fray Ambrosio, hombre culto y muy interesante. Practica el ocultismo en secreto y conoce las ideas y política de aquella época (siglo XVI). Fray Miguel accede a someterse a la ciencia de Fray Ambrosio y hacerse joven de nuevo. Saldrá en busca de aventuras con otro fraile, Tiburcio, que será su escudero. La primera parte de la novela termina en el claustro con Fray Miguel acostado en un féretro sin conocimiento. La segunda parte comienza con amo y escudero presenciando un desfile real en Lisboa. Morsamor es ahora un joven apuesto, inteligente y rico, de 25 años de edad. Su escudero Tiburcio es también joven y no solamente simpático y popular con las damas, sino que es diestro en muchas materias, incluso en el conocimiento de idiomas. Se embarcan en busca de aventuras y viajan por el mundo.

---

4 Miguel de Unamuno: *Niebla*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 40.

¿Por qué elige Valera un protagonista de 75 años? Verdad es que el autor podría haber prescindido de este elemento creando un protagonista joven, pero al hacerlo mucho se habría perdido. En primer lugar el fraile mayor, apesadumbrado y aburrido se identifica con el autor que entonces tenía la misma edad de éste y que escribe una obra, como él mismo confiesa en la dedicatoria del libro, «para distraer mis penas egoístas al considerarme tan viejo y tan quebrantado de salud, y mis penas patrióticas al considerar a España tan abatida...» El elemento fantástico produce un efecto interesante y misterioso. La trama se hace más tupida al encontrarnos frente a varios niveles de realidad: lo real (el hombre viejo) y lo sobrenatural (el viejo que se convierte en joven). Al final de la novela pasan a significar lo vivido y lo soñado. Al despertar Morsamor en el convento se pregunta si esas aventuras fueron vividas realmente o soñadas. Ese problema lo soluciona el Padre Ambrosio sugiriéndole que eso no es lo importante, ya que han servido para aprender y le han llevado a la ansiada paz espiritual. El mundo real, como dice Unamuno, no es sino el sueño que soñamos todos. Morsamor es sueño del padre Ambrosio y éste es aquí claramente dotado de potestades divinas. Él mismo lo dice con las palabras del Evangelio: «Yo me atrevería a decirte a fin de inspirarte denuedo y a fin de infundirte omnímoda confianza en mí, que yo soy resurrección y vida, y que si crees en mí, vivirás cuando mueras» (p. 65). El fraile Ambrosio es creador del Morsamor aventurero y a su vez es creado (pues es otro personaje). El plano ficticio es réplica del real. De esta manera se crea una distancia mayor entre el lector y el protagonista. La problemática existencial es observada y examinada por el lector sin que se le imponga como algo conmovedor. En esta novela de Valera el lector está sutilmente invitado a soñar, al igual que Morsamor, este relato y a meditar sobre la felicidad terrenal.

En la obra tenemos tres tiempos: el de la narración, que ocurre en 1889; el de Morsamor fraile (Siglo XVI); y el de Morsamor joven, 50 años antes en el mismo siglo. Aunque los acontecimientos históricos y las aventuras son otros que los de un lector moderno, la distancia temporal es paradójicamente corta, porque el problema de la angustia existencial es uno con el que podemos identificarnos a pesar de las épocas distintas, y por lo tanto encontrar la historia pertinente y doblemente interesante.

La función del narrador es importantísima. Es omnisciente selectivo en cuanto a Morsamor se refiere. Para todo lo demás es, como Cide Hamete, cronista que relata una historia que recopila de varios autores. Es hombre erudito que tiene a su disposición una enorme cantidad de datos. También como Cide Hamete, muestra inseguridad en lo narrado y quiere por todos los medios parecer objetivo:

Sencillo y mero narrador de esta historia, no afirmaré yo que hubiese o no hubiese sido error en el pensamiento del Padre Ambrosio. Sólo diré lo que él pensaba, dejando que la responsabilidad sea suya (p. 22).

Este tipo de narrador es ideal para un cuento fantástico porque puede pasar de un mundo (el soñado), a otro (el real), sin necesidad de explicaciones, sólo con excusarse por no poseer datos suficientes:

No nos consta de qué suerte pudo salvarse. En nuestra historia hay aquí una tenebrosa laguna. Saltemos por cima de ella y volvamos al convento en que el Padre Ambrosio seguía viviendo y ejerciendo sus artes mágicas (p. 373).

Al ser omnisciente con respecto a Miguel de Zuheros llegamos a conocer al personaje mucho más a fondo y esto es importante para comprender su angustia.

Los otros personajes son vistos desde fuera y con rasgos muy generales, porque lo que importa hacer notar son los tipos que representan. Así por ejemplo las mujeres principales con las que Morsamor se relaciona son, como él, símbolos. Doña Sol simboliza el buen linaje. Un hombre casándose con ella adquirirá prestigio y respeto sociales. Donna Olimpia es la inteligencia; Teletusa simboliza el placer sensual (baila, toca la guitarra, y cocina); y Urbasi es la belleza, el amor y la poesía. Las experiencias de Morsamor con cada una de las mujeres serán presentadas como estados posibles de felicidad: Doña Sol representa la vida conyugal; Donna Olimpia la vida intelectual; Teletusa la vida sensual; y Urbasi la vida contemplativa. Estas posibilidades serán desechadas una vez experimentado el vacío que en cada uno de esos estados siente Morsamor. Al igual que

las mujeres, las aventuras representarán formas de vivir. Irán siendo sustituidas por otras que proporcionen mas satisfacción espiritual.

Para Unamuno la libertad de elección individual está siempre ligada si no sometida a la voluntad divina, a un destino superior por el que se rige el mundo. Las experiencias de Morsamor revelan la fina relación que existe para Valera entre la voluntad individual y el destino del hombre. Es el destino quien presenta una serie de circunstancias en la vida, pero el individuo puede y debe elegir en cada momento la acción a seguir. Así dice Fray Miguel: «Convengo en que el mal éxito o el buen éxito final es obra de la fortuna o hablando cristianamente, de Dios mismo; pero la acción independiente del éxito no vale sino en la vigilia para quien la ejecuta» (p. 380). El triunfar en la vida consiste en sentirse triunfador. «El mal y el bien», dijo una vez Morsamor, «la próspera o la adversa fortuna, carecen a menudo de ser real y dependen de nuestro modo de entender las cosas» (275). La relatividad de la realidad y de los sentimientos, idea tan contemporánea y sutil, está presente en toda la novela del escritor andaluz, e incluye las aventuras. Morsamor alcanzará el ideal de vida después de haberse esforzado arduamente por encontrarlo en todos los estados activos y contemplativos. La felicidad terrenal es posible, según Valera, si el hombre se desprende de las cosas que le sujetan a la tierra (y esto incluye el orgullo propio), por saberse partícula de un universo mayor. Ésta es la idea teosófica de la felicidad que poco después adoptarían los modernistas y que ya aquí Valera presenta como única salvación posible del ser humano.

En cuanto a la escritura misma, la narrativa de Valera se aparta de la prosa decimonónica de Galdós y Clarín al poner énfasis en la delicadeza de la expresión y el cuidado de los vocablos. En este sentido esta novela esboza el preciosismo modernista que unos años más tarde Valle-Inclán llevaría a su máximo esplendor. Si, como asegura Pere Gimferer, «la perdurabilidad de un escritor depende entre otras cosas de su capacidad de incorporarse a lo que será la verdadera tradición de su época»,<sup>5</sup> Valera en *Morsamor* señala la estética del siglo siguiente y sienta las pautas para la novela moderna.

5 Pere Gimferer: Prólogo a la *Sonata de Primavera y Sonata de Estío*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 15.